

de su familia. La inflexible guardia entró en aquellos momentos tan tiernos, é hizo salir al instante á los gentileshombres, que bajaron de aquel cuarto por una escalera secreta y salieron del edificio uno á uno, disfrazados con unos vestidos prestados para evitar el ser conocidos por la multitud.

Mr. de Rohan-Chabot, ayudante de campo de Lafayette, pasó los dos dias con sus noches á la puerta del rey vestido de simple guardia nacional. Reconocido y preso al salir de los Fuldenses, fué puesto en la cárcel de la Abadía, que no se abrió sino á los asesinos de Setiembre. La reina, madama Isabel y los príncipes, careciendo de todo desde el saqueo de las Tullerías, recibieron de la embajadora de Inglaterra la ropa blanca y los trajes necesarios á la decencia de su posicion social. La familia real pasó aún dia y medio en la tribuna del logógrafo, pareciendo que el pueblo, como un vencedor cruel, queria gozarse por mucho tiempo en el suplicio y en la ignominia del trono. Solos y sin amigos durante estos últimos dias, su dolor y su vergüenza pasaron sin testigos y sin consuelos. Sus corazones, fatigados de tantos ultrajes, no pudieron descansar en un poco de piedad. Al mirarse mutuamente, sus ojos no veían sino las mismas lágrimas y los mismos terrores.

A las tres de la tarde del lunes fueron Petion y Manuel con dos coches para conducirlos al Temple. El ayuntamiento, que podia llevar los presos de noche, quiso que el tránsito desde las Tullerías á la prision se hiciese en medio del dia, á paso lento y por los barrios más concurridos, para que la degradacion del trono tuviese la apariencia y la publicidad de una exposicion á la vergüenza ántes del suplicio. Petion y Manuel iban en el coche del rey. Una multitud innumerable formaba calle desde la puerta de los Fuldenses á la del Temple. Las miradas, las acciones, las injurias, las risas burlonas y los más repugnantes ultrajes se renovaron en todo el tránsito sin interrupcion. La debilidad de las mujeres y la inocencia de los niños enternecian en vano á algunas almas compasivas que les miraban furtivamente, pero que tenian que ocultar su enternecimiento por no pasar por traidores á la nacion. Petion tenia la costumbre de presidir estas marchas triunfales de la proscripcion. El fué quien habia conducido al rey desde Varennes atravesando por medio de la capital irritada, él fué el que habia visto al rey con el gorro encarnado en la invasion de palacio el 20 de Junio, y el que habia felicitado al pueblo al despedirlo, y él fué finalmente el que le condujo á la triste mansion desde donde debia salir al cadalso. Este hombre cruel no le evitó ninguna amargura en el camino, ni hizo nada para dulcificarle su caída, complaciéndose por el contrario en pasearle por medio de su humillacion para hacérsela saborear. Al pasar por la plaza Vendome le hizo reparar en la estatua derribada de Luis XIV, pisada por aquel mismo pueblo en donde por tanto tiempo habia reinado. El pueblo no queria ya rey ni nada que se lo recordase: todos los símbolos del trono estaban borrados ó mutilados en el camino que llevaban los coches; la mano del pueblo hacia desaparecer así anticipadamente una institucion que la Asamblea no habia destruido aún. El 10 de Agosto fué un decreto ambiguo de la victoria, que el ayuntamiento de Paris se apresuró á interpretar con la prision del rey. La vuelta de éste al trono era imposible; el ayuntamiento quiso demostrarlo. Luis XVI lo conoció, y cuando, despues de dos horas de marcha, los coches rodaron bajo las bóvedas del patio del Temple, habia ya abdicado el trono en su corazón y aceptado el patíbulo.

LIBRO VEINTICUATRO.

Los girondinos se ven en la precision de abdicar.—Disposiciones del ejército.—Lafayette se expatria.—Dumouriez presta juramento á la nacion.—Couthon.—Westermann emisario de Danton en el ejército.—Dumouriez reemplaza á Lafayette en el mando del ejército.—Gana la confianza de las tropas.—El ayuntamiento de Paris se arroga el poder ejecutivo.—Creacion de un tribunal criminal.—Marat prosigue en su idea de exterminio.—Danton la lleva á cabo.

I

Mientras que la familia real, llegada al término de tantas agitaciones, se guarecia detras de las paredes del Temple y se establecia en su último asilo, la Asamblea, por conducto de Guadet, preparaba las reglas por las cuales debia nombrarse una Convencion, llamando á la soberanía directa y unánime al pueblo. Las asambleas primarias debian componerse de todos los franceses que tuviesen veintiun años y fuesen de condicion libre. Estas debian reunirse el 26 de Agosto, y dar á sus representantes unos poderes soberanos independientes de toda constitucion preexistente. La Convencion se reuniria el 20 de Setiembre. La Asamblea nacional y el poder ejecutivo nombrado el dia anterior no se reservaban sino el interregno del 12 de Agosto al 20 de Setiembre.

De esta suerte, el triunfo de los girondinos produjo inmediatamente su abdicacion. La Asamblea, que dominaban, se vió débil ante un acontecimiento que no tuvo valor de completar ni virtud para impedir. Se retiró, restituyendo al pueblo los poderes que de él habia recibido. El movimiento abortó en sus manos, y habiéndole cabido el gobierno en suerte, dejó á Francia á merced de la casualidad. Infiel á la Constitucion, rehusando dar su apoyo al trono, tímida ante la república, no tuvo ni plan, ni política, ni audacia, dando á todos los partidos el derecho de despreciarla. La historia la juzgará con más severidad que á ninguna de las asambleas que personificaron la revolucion. Colocada entre la Asamblea constituyente y la Convencion nacional, palideció ante aquellos dos grandes focos, á saber: el de las luces de la filosofía, y el de la voluntad revolucionaria de la nacion. Nada cambió, nada fundó, y sólo ayudó á derribar todo. Recibió de sus predecesores una Constitucion que mantener, un trono que reformar y un país que defender, y al retirarse, dejó á Francia sin Constitucion, sin rey y sin ejército, desapareciendo en un motin. Las únicas señales de su existencia fueron multitud de ruinas. ¿Deberá acusarse de esto á las dificultades de la época? Pero ¿fué ésta más fácil ni los acontecimientos ménos espinosos para la Asamblea constituyente en el juramento del Juego de Pelota, en el 14 de Julio, en las jornadas de Octubre y en la fuga del rey?

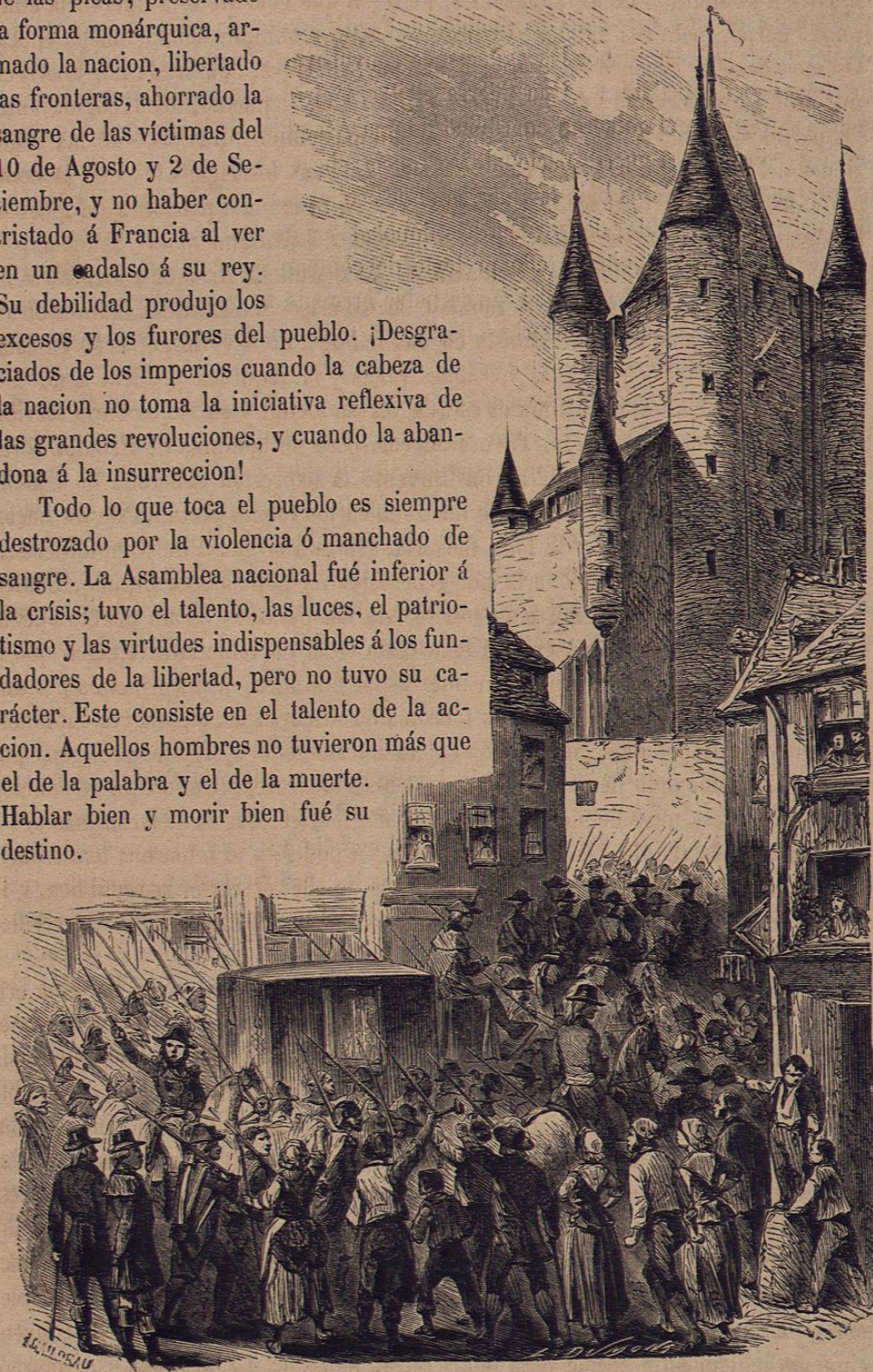
¿Fué acaso más dulce para la Convencion á su advenimiento en medio de la anarquía, en la proclamacion de la república, en la invasion de la Champagne, en la insurreccion de la Vendée y en el sitio de Lyon? Evidentemente que no; pero estas dificultades extremas hallaron en aquellos dos cuerpos una política y una voluntad iguales á lo apurado de las situaciones. Pero ¿en qué consiste esta diferencia entre unos cuerpos políticos salidos del mismo pueblo y obrando en la misma época? Osemos decirlo: consiste en que la Asamblea legislativa, nombrada por aborrecimiento á la aristocracia y sin completa confianza en el pueblo, fué escogida entre los partidos medios y moderados, que no son en tiempos de crisis sino las negaciones del bien y del mal, por cuya razon no tuvo en los elementos que la compusieron ni el espíritu político de las altas clases, ni el alma patriótica del pueblo. La Asamblea constituyente fué la representacion del pensamiento de Francia, y la Convencion la de la adhesion apasionada de las masas. La Asamblea legislativa no representó sino los intereses y la vanidad de las clases intermedias. Expresion de la clase media, honrada pero egoista en sus hábitos, no llevó al gobierno en estas dos crisis sino ideas medianas, pasiones vanas y la raquíca prudencia de esta parte de las naciones, cuya timidez es á la vez su virtud y su vicio. Supo escribir y hablar, pero no supo obrar. Tuvo oradores, pero no hombres de Estado. Mirabeau habia sido en la Asamblea constituyente la expresion soberana de aquella aristocracia que, despues de haberse ilustrado en los rangos elevados de las naciones con las sublimes luces de toda filosofía, aspira á la gloria de comunicarlas al pueblo, haciéndose revolucionaria por generosidad y popular por orgullo. Danton y Robespierre fueron la expresion terrible de las pasiones de un pueblo apenas emancipado, que quiere conservar á toda costa en el porvenir la revolucion que le han dado hecha, y que no trueca un interes por una idea, ni un principio por una vida. Brissot, Gensonné y Guadet no fueron sino discursistas, alguna vez sublimes, pero siempre impotentes. No tuvieron objeto determinado, ó si lo tuvieron, se colocaron constantemente demasiado léjos ó demasiado cerca, dando á la revolucion impulsos á veces muy débiles, otras demasiado fuertes, que la dejaron más acá ó la lanzaron más allá de sus ideas. Quisieron un poder, y lo minaron; temieron la anarquía, y sin embargo, conspiraron en favor de ella; desearon la república, y la aplazaron. La nacion se impacientó al ver esta indecision que la perdia, y verificó un motin en el cual desaparecieron.

El 10 de Agosto, el pueblo fué más hombre de Estado que sus jefes. Una crisis era inevitable, porque todo parecia en manos de aquellos legisladores que querian el movimiento sin sacudidas, la libertad sin sacrificios, la monarquía sin trono, la república sin oscilaciones, la revolucion sin garantía, la fuerza del pueblo sin su intervencion, y el patriotismo sin aquella fiebre del entusiasmo que da á las naciones el delirio y la fuerza de la desesperacion. Un pueblo no podia, sin estar demente, dejar que durase y se empeorase semejante estado de contradicciones. Francia iba á perderse, la Asamblea no tomaba el timon, y el pueblo se echó sobre él con el espíritu de las circunstancias y la temeridad de resolucion, que hace que se arriesgue todo para salvarlo todo cuando todo está perdido irremisiblemente. El mecanismo de la Constitucion no podia funcionar, un rayo de convencimiento le demostró que no se le podia recomponer. El 10 de Agosto le rompió.

Las lágrimas, la sangre y los crímenes de esta jornada no recayeron tanto sobre

el pueblo que la llevó á cabo, como sobre la Asamblea que la hizo inevitable. Si la Asamblea legislativa hubiera tenido la inteligencia necesaria, si hubiese tomado la dictadura, cubierto con un velo la Constitucion, suspendido y separado al rey y puesto el trono bajo tutela durante la crisis, pudiera haber evitado la intervencion de las picas, preservado la forma monárquica, armado la nacion, libertado las fronteras, ahorrado la sangre de las víctimas del 10 de Agosto y 2 de Setiembre, y no haber contristado á Francia al ver en un cadalso á su rey. Su debilidad produjo los excesos y los furores del pueblo. ¡Desgraciados de los imperios cuando la cabeza de la nacion no toma la iniciativa reflexiva de las grandes revoluciones, y cuando la abandona á la insurreccion!

Todo lo que toca el pueblo es siempre destrozado por la violencia ó manchado de sangre. La Asamblea nacional fué inferior á la crisis; tuvo el talento, las luces, el patriotismo y las virtudes indispensables á los fundadores de la libertad, pero no tuvo su carácter. Este consiste en el talento de la accion. Aquellos hombres no tuvieron más que el de la palabra y el de la muerte. Hablar bien y morir bien fué su destino.



La familia real es conducida al Temple. —Pág. 22.

II

El 10 de Agosto resonó de rechazo en todo el imperio y en toda Europa. Los gabinetes extranjeros y los emigrados, deplorando la catástrofe, la prision del rey y la animacion que el triunfo del pueblo de Paris daba al espíritu revolucionario, se alegraban en secreto por las agitaciones convulsivas en que Francia iba verosímilmente á despedazarse. Una guerra civil era el más poderoso auxiliar de la guerra extranjera; el gobierno anárquico de una Asamblea era el ménos á propósito para dirigir una guerra nacional, y Francia, sin jefe, sin unidad y sin Constitucion, caería á pedazos bajo las fuerzas de los coligados. Por otra parte, el escándalo del palacio violado, de los guardias inmolidos y de la familia real envilecida por la insurreccion, quitaba todo pretexto de contemporizacion y miramientos á las potencias que dudaban aún. Francia habia arrojado el guante á todas las monarquías, y era necesario recogerlo ó declarar á todos los tiranos de Europa impotentes para sostenerse ante el espíritu de revuelta y de insurreccion, vencedor en todas partes si se le dejaba vencer en Paris. La misma Inglaterra, tan favorable hasta entónces á la reforma de Francia, empezaba á mirar con repugnancia aquel movimiento en los espíritus, que traspasaba los límites y la forma de su propia Constitucion. Francia, lanzándose á lo desconocido, se enajenaba todos los votos y todas las esperanzas que le habian seguido hasta entónces. El toque de exterminio de los tronos se hacía oír con demasiada violencia en Paris. Los coligados y los emigrados respondieron á él aproximándose á las fronteras. El duque de Brunswick tuvo más confianza, concentró sus fuerzas y principió su movimiento.

III

En el interior, la adhesion al 10 de Agosto fué general en el Norte, en el Este y en el Mediodía de Francia. Las campiñas de la Vendée se agitaron únicamente, y allí sólo fué donde aparecieron algunos síntomas de guerra civil. Por todas partes los realistas y los constitucionales, consternados, ocultaron sus presentimientos y su dolor. Los girondinos y los jacobinos se coligaron para hacer que las asambleas primarias nombrasen para la Convencion hombres de opiniones exageradas, de un temple enérgico y enemigos del trono. Francia conocia que la hora de los consejos tímidos habia pasado para ella, y que la patria no tenia más defensa que sus bayonetas. Necesitaba, tanto en sus consejos como en la guerra, hombres que no pudieran volver la vista atras; buscó estos hombres, los halló y los nombró, sin darles otro encargo que el de salvar la patria y la libertad.

El ejército, mandado por generales constitucionales y por oficiales aún adictos al rey, recibió con estupor las inesperadas noticias de la caida de la Constitucion y del triunfo de los jacobinos. Hubo algunos momentos de duda, de que un jefe hábil y acreditado hubiera podido aprovecharse para llevarlo contra Paris; pero la victoria no habia dado todavía á ningun general el derecho de desobedecer á un movimiento popular. El anciano Luckner, general en jefe, interrogado en Metz por la municipalidad y por el club sobre el partido que haria tomar al ejército, aprobó, aunque medio entre dientes, el golpe de Estado dado en Paris. Al otro

dia, habiendo recibido de Lafayette, su segundo, una noticia contraria, cambió de lenguaje y arengó á sus tropas para prevenir las contra los incitadores al desorden que debian llegar de Paris. Viejo maniquí de guerra, é inhábil para entender la política, Luckner repetía como un niño todo lo que se le indicaba. La llegada de los comisionados de la Asamblea enviados á los ejércitos para ilustrarlos y contenerlos, le hizo mudar de lenguaje por tercera vez.

En Valenciennes, el general Dillon publicó en la órden del dia que la Constitucion habia sido violada, y que los perjuros debian ser castigados. Algunos dias despues, Dillon se retractó de lo dicho en una comunicacion oficial á la Asamblea. Montesquiou, en el ejército del Mediodía, se pronunció débilmente por el sostenimiento de la Constitucion. En Strasburgo, el corregidor Dietrich, el general Victor de Broglie y Caffarelli del Falga se indignaron del atentado cometido contra la persona inviolable del rey. El general Biron, amigo del duque de Orleans y sostenido por los jacobinos de Strasburgo, ahogó el germen de la sublevacion y dió su ejército al partido vencedor. Sólo Lafayette tomó una resolucion y una actitud políticas.

Tenia éste su cuartel general en Sedan, capital de los Ardennes. Supo los acontecimientos del 10 de Agosto por un oficial de su ejército que se encontró en Paris durante el combate, y que habiendo logrado salir de las barreras, corrió á informar á su general de la matanza y de los decretos de aquel dia. Lafayette, viendo que se le habia adelantado la revolucion con aquel movimiento, se creyó obligado á detenerlo por medio de una federacion de su ejército y los departamentos. A falta de poder central á quien obedecer legalmente, pidió órdenes á las autoridades del departamento de los Ardennes. Su proyecto era formar una especie de congreso de los departamentos unidos. El centro de esta federacion se reconcentraria, á su modo de ver, en los tres departamentos de los Ardennes, del Aisne y del Meuse, sobre cuyas buenas disposiciones juzgó poder contar. No se prometia, sin embargo, el mejor éxito, pero él creyó de su deber intentarlo, y lo cumplió como ciudadano más bien que como jefe de partido. La Asamblea, informada de estas dudas del ejército, envió comisionados para separar del mando á los generales sospechosos.

Lafayette, á pesar de la generosidad de su carácter y á pesar de la abnegacion de su vida, se confió demasiado como jefe de partido en el poder solo de la ley. En vez de hacerse dueño de sus tropas poniéndolas en movimiento, las dejó que reflexionasen sin darles accion. Su entusiasmo por él y su adhesion á la Constitucion se enervaron por no haber sabido dar direccion á uno y otra. La Asamblea le destituyó el 19, y entónces vió que su fortuna le abandonaba, que perdía la popularidad, y que la revolucion se le huía de entre las manos é iba á volverse contra él. Resolvió, pues, expatriarse, y se condenó él mismo al ostracismo con que su país le iba á herir. Alejandro de Lameth, los dos hermanos Latour-Maubourg, Bureau de Puzy, patriota, militar y político eminente, sus ayudantes de campo y algunos oficiales le acompañaron en su fuga. Lafayette se proponia ir á Holanda, y de allí á América. Despues de una noche de marcha, cayó en poder de un destacamento enemigo. Reconocido y llevado á Namur, su nombre fué su crimen á los ojos de los generales del emperador. El jefe de la insurreccion francesa, el protector de Luis XVI, el general del pueblo de Paris, era una presa inesperada y

harto ruidosa para que los reyes aliados le dejaran generosamente retirarse del campo de batalla. Lafayette, separado de sus amigos y llevado de ciudadela en ciudadela hasta el calabozo de Olmutz, sufrió con la paciencia de la convicción un largo y odioso cautiverio. Mártir de la libertad, después de haber sido su héroe, su vida pública sufrió desde este día una interrupción de treinta años. La revolución le hizo figurar en la escena política. Sus amigos y sus enemigos reconocieron en él los mismos principios, las mismas virtudes y las mismas generosas ilusiones.

La expatriación de Lafayette y la sumisión de su cuerpo de ejército dejaron á la Asamblea sin inquietud respecto á las disposiciones de la tropa. Los girondinos, influyentes en el nuevo ministerio por Servan, Claviere y Roland, previendo una lucha inmediata con los jacobinos, conocieron la importancia de dar al ejército un jefe que les asegurase á la vez la victoria sobre los enemigos exteriores y un apoyo contra los del interior. Antiguos colegas de Dumouriez, sus resentimientos con este general cedieron ante la alta idea que este hombre les habia dejado de sus talentos. Por su parte Dumouriez, con su gran golpe de vista, habia sondeado el acontecimiento del 10 de Agosto y le habia juzgado. Las crisis no vuelven hácia atrás antes de haberse gastado por sí mismas, ó de haber acabado su obra. La crisis daba un paso hácia adelante, y era necesario avanzar con ella, porque si no, dejaría atrás á los indecisos. Dumouriez sintió la desgracia del rey, pero con rehusar el juramento á la nación se perdía, sin salvar á Luis XVI.

Por otra parte, cualquiera que fuese la forma de gobierno, siempre existiría una patria, y salvarla era la única política que convenia en semejantes momentos á un soldado: el campo de batalla era el camino del poder. Mientras que los otros generales se disculpaban con la necesidad ó usaban inútiles resistencias, Dumouriez, encerrado en su campo de Maulde, cerca de Valenciennes, desobedeció atrevidamente á Dillon, y se negó á hacer prestar á su ejército el antiguo juramento al rey, poniéndose desde luego á la obediencia de los acontecimientos. En aquel mismo momento se entabló una correspondencia secreta entre Servan, Roland y Claviere, sus antiguos colegas, y este general. Los girondinos se felicitaron por tener una cabeza y un brazo de su parte, y por otra los jacobinos anudaron con Dumouriez relaciones que la casualidad hizo nacer, y de las que la habilidad del general sacó mucho partido para engrandecerse.

IV

El joven Couthon, amigo de Robespierre y diputado por la Auvernia en la Asamblea legislativa, estaba en estos momentos en los baños de Saint-Amand. Este pueblo estaba próximo de Valenciennes, y en las cercanías del campamento de Dumouriez. El general y el diputado se habian encontrado y hablado muchas veces. Este hombre tenia la aureola de sus presentimientos, y su verbosidad arrebatada á cuantos se le acercaban. Couthon quedó alucinado por esta seducción del talento de Dumouriez, como le habia sucedido á Gensonné. El adivinó en aquel hombre el salvador de la patria.

Couthon, joven abogado de Clermont antes de ir á la Asamblea nacional y después á la Convención, llevaba su fe en la revolución hasta el fanatismo, que

dulce y reflexivo entónces, fué sanguinario después. El móvil de esta alma inflamada de amor y de esperanza hácia la humanidad, se convirtió en el cráter de un volcan interior contra los enemigos de sus ideas. Cuanto más agradables son los sueños del hombre, tanto más se irrita contra todo lo que se los estorba. Couthon era filósofo, de rostro agraciado, de mirada severa y de conversaciones graves y melancólicas. Una joven esposa y un hijo alimentaban la ternura de su alma



Manuel (uno de los dos personajes que condujeron á Luis XVI al Temple).

y le consolaban en su enfermedad: Couthon estaba privado del uso de las piernas, y la causa de esta enfermedad hacía interesante su desgracia, porque era motivada por el amor. Atravesando una noche un barranco cenagoso de la Auvernia para ir furtivamente á hablar con la joven que amaba, se extravió en la oscuridad. Sumido hasta el amanecer en el fango helado que se deshacía bajo el peso de su cuerpo, tuvo que luchar toda la noche con la muerte, y no pudo escapar sino tullido y casi helado. Entónces no se podía sospechar aún el destino futuro de Couthon. Todavía no se veía sangre en sus sueños.

Los tres diputados enviados al ejército de Dillon, Delmas, Dubois-Dubais y Bellegarde, llegaron el 14 de Agosto á Valenciennes, con orden de destituir á Dillon y á Lanoue. Estos dos generales estuvieron remisos en reconocer el 10 de